

**RODOLFO PALACIOS • JORGE LARROSA
JOSÉ LUIS ESTÉVEZ**

EL SEGUNDO ROBO DEL SIGLO

**EL PLAN SECRETO PARA VOLVER
A ASALTAR EL BANCO RÍO**

**RODOLFO PALACIOS • JORGE LARROSA
JOSÉ LUIS ESTÉVEZ**

EL SEGUNDO ROBO DEL SIGLO

**EL PLAN SECRETO PARA VOLVER
A ASALTAR EL BANCO RÍO**

 **Planeta**

Dos en un mismo siglo

Viernes 13 de enero de 2006. Los ladrones separaban los billetes por un lado y las joyas por el otro. Se sentaron en el suelo, frente a la gran montaña de dinero, y comenzaron a contar los billetes a mano, uno por uno.

Dos de ellos aplicaron otro método: sacaron la tapa de una mesa grande, desplegaron una sábana sobre el marco y debajo pusieron tres calientadores. Sobre esa sábana que caía a los costados de la mesa colocaron uno por uno los numerosos billetes mojados. Estuvieron varias horas para secar todo. La imagen de la sábana flameando como una bandera o un fantasma, similar a un cuento infantil o sacada de *Las mil y una noches*: los billetes parecían flotar sobre una alfombra mágica. El roce de los billetes entre sí y sobre la tela les erizaba la piel. Todo lo contrario a esos cajeros que cuentan plata todo el tiempo y no sienten nada, ni un cosquilleo ni la tentación de manotear un fajo y salir corriendo.

A las tres de la madrugada terminaron de contar el dinero. Y lo repartieron.

Se despidieron por última vez. Se fueron uno por uno. Juraron no verse más.

Un día 13 (justamente), algún tiempo después, los mismos ladrones. El mismo banco. Pero con otros nombres. Y otro plan. Rompieron el juramento de no reencontrarse. Algo los volvió a unir, algo que es mucho más que el dinero: la mística, el compañerismo, lo inconcluso, la distancia. Y concretar lo imposible.

¿Pueden, los mismos autores, robar el mismo banco y superar el anterior robo, que fue considerado uno de los más grandes, audaces y astutos de la historia? Dos robos del siglo en un mismo siglo. Para eso deberán enfrentar desafíos: uno de ellos, a quien nunca se le conoció la cara ni el nombre, se pondrá al frente para lograr el milagro. Como una épica que irá contra lo irrealizable. En una historia en la que no faltarán la amistad, las injusticias y los cuatro elementos que hacen a la vida: el aire, el fuego, el agua y la tierra.

Los mismos hombres volverán a emerger de un corredor subterráneo paralelo al mismo túnel que ya habían transitado antes, sin pensar que volverían a hacerlo algún día.

El protagonista de esta historia no es un invento.

Es real, tiene nombre y apellido, una cara y una vida que nunca será contada. Su imagen e identidad tampoco saldrán a la luz.

Pero ese hombre existe. Y es acaso el mayor secreto del llamado *robo del siglo* al Banco Río de Acassuso. Su enigma, que llevó a que fuera llamado “el ladrón invisible” o “el fantasma del delito”, es más interesante que el destino del botín.

Este ser de carne y hueso (y cicatrices) nunca fue detenido.

Siempre tuvo perfil, más que bajo, subterráneo, haciendo honor al precepto que enarbolaba Howard Phillips Lovecraft: “Un verdadero caballero no debe darse a conocer”.

No le interesa ser leyenda ni misterio.

Lo llaman el Doc.

Sin las charlas que los autores mantuvieron con él en el anonimato es probable que este libro no hubiera podido escribirse.

Aclaración: se encuentra plasmado en un documento de gran valor cuál era el plan de la banda después de robar el Banco Río de Acassuso. El robo no se cometió, pero en esta obra se lo relatará como si hubiese sido ejecutado, y tal como fue planificado. A ese “segundo robo del siglo”, evaluado por el equipo delictual que logró robar el banco Río de Acassuso, le hallaron un alto porcentaje de factibilidad, incluso superior al del golpe anterior.

Lo que en esta obra se cuenta no es cien por ciento real: lo es apenas en un noventa y cinco por ciento.

El Doc no olvidó ir demoliendo aquellos detalles que permitieron encarcelar a sus compañeros luego del asalto, y como en tantos otros golpes, abrió los oídos para que sus secuaces hicieran aportes a su plan, los que finalmente lo enriquecieron casi hasta la perfección.

Es el hombre clave de esta historia.

Pero antes de volver a él, conviene recordar algunas cosas...

Aquel asalto de película

A simple vista, el hombre parece de otro tiempo. Tiene la estirpe y la apariencia de los cantantes de las antiguas orquestas de tango. Bigote, gomina, traje gris, camisa blanca, corbata con arabescos y zapatos brillantes. Pero en este momento, viernes 13 de enero de 2006, no está para cantar ni bailar, aunque para desempeñar su rol delincriminal estudió teatro y lo ensayó como si todo fuera una puesta en escena sin público. Da órdenes, apunta con su arma a los rehenes, desafía a los policías que rodean la manzana del Banco Río de Acassuso, en la zona norte del Gran Buenos Aires, República Argentina.

“Esto va a ser una masacre”, dice con una voz que parece alterada, y golpea la culata de la pistola en uno de los vidrios. Sus compañeros, también armados, van y vienen. Algunos tienen peluca, otros pasamontañas. Juegan a ser otros en ese arte de perder hasta la propia personalidad y esencia, como quien se pone una máscara durante una hora y media y ni sus padres pueden reconocerlo. Ni un rasgo que los identifique. Nadie, desde la más torpe de las víctimas hasta el más hábil

de los policías, puede descubrir alguna marca personal (un tic, una cicatriz, un tatuaje o una muletilla) que los delate. Casi no hay centímetros de piel que se expongan a la mirada de los otros: no dejan al desnudo ni las manos, siempre enguantadas y precisas.

Con sus miras infrarrojas, los francotiradores traspasan las paredes del lugar y ven siluetas camufladas que dan pasos ágiles y decididos, pero no pueden oír las voces claras que amenazan cuando es necesario. Tampoco son capaces de saber que este robo será único en el mundo. Nadie espera el sorpresivo desenlace que prepararon los asaltantes.

No habrá imaginación capaz de develar el acto final.

—Si nos traen las pizzas, nos entregamos.

Eso dice el que usa traje gris.

El robo es transmitido por los canales de televisión. Los delincuentes están convencidos de que en unos minutos serán millonarios y van a desaparecer como por arte de magia. En silencio. Porque los grandes robos son como el buen sexo: la clave es hacer mucho y hablar poco. Dentro del banco no pueden dar ni un paso en falso. El lugar es de ellos: son actores entrenados. Un elenco que representa por única vez una obra en funciones simultáneas que ocupan tres planos. En el primer piso y en la planta baja, dos grupos toman rehenes. En la bóveda, en el subsuelo, ocurre lo más importante: lo único real. Pero muchos metros más abajo del subsuelo se abre un portal por el que se navega directamente hacia la libertad.

El resto es simulado, una ficción. Fingen que toman rehenes para engañar a la policía y ganar tiempo mientras otros

miembros de la banda vacían cajas de seguridad. Callados y serios, llenan las bolsas con billetes y joyas. Estos hombres disfrazados y enmascarados deben actuar como máquinas perfectas: a los sentimientos, las dudas y las pasiones las han dejado del otro lado del portal.

Afuera, otros hombres, enmascarados y uniformados, que juntos forman un ejército que no debe fracasar, rodean la manzana. Corpulentos, fuertes, ágiles algunos (otros no tanto), expertos en irrumpir en lugares inexpugnables, francotiradores fríos, detectives pensantes que analizan planos y ensayan estrategias. Hombres que nadie, por más rudo e inconsciente que sea, querría tener de enemigos.

Algunos hombres más, en sus despachos, monitorean cada milímetro del despliegue táctico y estratégico de los agentes de acción. Son los funcionarios superiores que exigen una solución feliz: salir en la tapa de los diarios como héroes, que las víctimas sean rescatadas sanas y salvas, y que la banda termine presa, probablemente en ese orden.

Los comisarios confían en ganar la batalla: son trescientos contra siete. Imposible perder ante un puñado de asaltantes que por su impericia quedaron atrapados en un banco: calcularon mal la retirada de un robo exprés. Salvo que esos siete hombres corrieran la suerte del disminuido ejército griego contra el poderío numérico de los persas en la batalla de las Termópilas.

El mundo, en la calle o por TV, no puede ver otra cosa que no sea un violento robo frustrado devenido en toma de rehenes. Suponen que esos tipos son ladrones de medio pelo, como los de *Tarde de perros*, que pensaban robar en minutos

las cajas de atención al público del banco, hasta que las cosas se les fueron de las manos.

Los cerebros policiales tienen la convicción de que los delinquentes están desesperados, que existen dos finales posibles: que sea una masacre o que los tipos salgan con las manos arriba pidiendo clemencia. Para ellos una tercera opción es imposible.

Aunque haya más de cuarenta policías atestados de armas, ellos tienen el golpe letal. No piensan lastimar a nadie. Uno de ellos ha hallado en una voluta de humo la clave para burlar a todos. Ni siquiera uno de los policías de elite pudo adelantarse a la jugada.

“La policía irrumpe en el banco. Los ladrones siguen ahí”, informa el canal Crónica TV.

Los hombres fornidos del grupo Halcón entran con decisión. Corren excitados, potentes, rápidos, fuertes, creen percibir el aroma de la victoria –como el tigre que olfatea el camino hacia su presa antes de devorarla–, quizá piensan que van a entrar en la historia. Por sus miradas llenas de fiera, sus posturas (brazos y piernas que parecen moverse con rigidez robótica), no hacen otra cosa que representar los pasos de guerreros romanos trasplantados a este tiempo. Rompen los vidrios con barras de hierro y al entrar les llama la atención el silencio que hay en el banco. Ni llantos, ni gritos. Solo escuchan los pasos de sus botas.

–¡Todos al piso! –estalla el grito del jefe.

Buscan a los ladrones por todos lados. Suben al primer piso, pero solo encuentran a los rehenes. Lo mismo en la planta baja.

–Seguro están en el subsuelo, vayan a ver –ordena el jefe del operativo.

Pero sus hombres vuelven con las manos vacías. Otro grupo tampoco los encuentra en el entrepiso.

–¿Buscaron por todos los rincones? –pregunta el jefe, aunque es una manera de desahogarse, porque está claro que esos agentes saben lo que hacen. Tampoco tienen que encontrar una aguja en un pajar. Más bien buscan a un elefante en el bazar.

En la calle, con avidez, se avizora un final con ladrones esposados y uniformados posando como héroes. A unos les espera el ocaso. A otros las felicitaciones. ¿O va a ser al revés?

Crónica vuelve a informar con una pantalla roja y letras grandes, como si anunciara una catástrofe: “Los rufianes estarían escondidos en el banco”. No pocos periodistas dicen que los rehenes corren riesgo de morir en un tiroteo entre ladrones y policías. Otros más imprudentes afirman que están en los conductos del aire acondicionado.

Cada puerta que se abre cierra la posibilidad de encontrarlos.

En un momento piensan que la banda está mezclada entre los rehenes.

–No descartemos que estén mezclados entre las víctimas, hay que revisarles hasta el último pelo –dice el jefe.

Pero luego de haberlos identificado, caen en la cuenta de que ninguno de ellos parece capaz de robar un banco.

Sus hombres dan vuelta el lugar, centímetro a centímetro, con la desesperación del que se sabe derrotado pero no quiere asumirlo. Revisan los baños, las oficinas, los techos.

Nada.

Nada por aquí.

Nada por allá.

Los hampones se habían esfumado. Como los grandes escapistas. Había sido un truco a la altura de Mandrake, Houdini, Merlín y Fu Manchú. Pero estos tipos no eran ilusionistas sino malandras que habían atravesado un puente imaginario desde el mundo visible hacia el mundo invisible. Un acto mágico sin público ni aplausos. Una actuación con el telón bajo. Y una desaparición destellante.

Los policías quedaron atónitos, como los espectadores que asisten a una representación sublime de ilusionismo. Hubiesen deseado poder desaparecer como los ladrones. Tener el don de la invisibilidad. Estos hombres que habían entrado como fieras, ahora debían salir como el último eslabón de la cadena alimenticia. Pero aún faltaba lo peor: tenían que dar la cara, y decir que a ellos les había sucedido lo que nadie creía que podía pasar. Los asaltantes ya no estaban.

Todo volvió a cero. Se deshizo. Los francotiradores guardaron sus armas, el negociador hizo silencio, las sirenas de los patrulleros se apagaron.

Los delincuentes logran lo que parece imposible: escapar de una manzana blindada por cientos de profesionales de grupos de elite de la policía. Ese día la zona fue la más custodiada del país.

¿Estos hombres son invisibles como los átomos? ¿Conocen un pasaje a la cuarta dimensión? ¿El banco tiene una puerta trampa como algunos escenarios de teatro?

Unas ciento cincuenta cajas de seguridad están vacías.

–Se burlaron de nosotros. Son unos hijos de puta –protesta uno de los policías.

–No, son magos o extraterrestres –le responde el jefe. Y enseguida salen a la calle, cabizbajos, a enfrentar a la sociedad, a tratar de explicar lo que hasta ese momento no tenía explicación.

Para colmo, en la bóveda encontraron una frase escrita por los ladrones en un cartel: “En barrio de ricachones, sin armas ni rencores, es solo plata y no amores”.

Tardarían horas en hallar un boquete en la pared, que resultó ser la entrada a un túnel, donde los efectivos hallaron un aparato que podía ser un explosivo. Pero los expertos lo analizaron y comprobaron que era un simple objeto de plástico, inofensivo como una cáscara de nuez.

Al día siguiente los investigadores comunicaron haber resuelto el misterio que los desvelaba: la banda se había ido por un boquete en la pared, que luego de huir taparon con un mueble. Cargaron el botín en dos gomones y navegaron por el túnel de un desagüe pluvial, sobre un pequeño espejo artificial de agua creado por ellos mismos con la improvisación de un dique, y salieron por una alcantarilla directamente al interior de una camioneta que los esperaba con un agujero en el piso. Tardaron varias horas en repartir los millones de dólares y los ochenta kilos de joyas que robaron sin disparar un tiro.

En rigor, no lo hubiesen podido hacer: tenían armas de juguete.

El banco no fue elegido al azar. Acassuso es uno de los barrios más ricos de la Provincia de Buenos Aires. Está veinte kilómetros al norte de la Ciudad de Buenos Aires. Allí casi todas las casas tienen alarma, cámaras de seguridad o perros guardianes. En las esquinas hay garitas con custodios privados y a mediodía los jardineros salen a la vereda a tomar sol después de una mañana agotadora. En una misma manzana conviven árboles con moras, naranjos o quinotos y parques con rosas blancas. Si se respira profundo, es posible sentir cada fragancia. En las calles Perú y Fernández Espiro (a una cuadra del banco asaltado), el aroma que predomina es el del tilo.

Transitar por la zona es un paseo placentero: circulan pocos autos y el canto de los pájaros se oye con nitidez. Pero si se caminan cuatro largas cuadras hacia el este, del otro lado de las vías del tren, esa belleza desaparece en forma abrupta: la calle Perú se ensancha y el desagüe pluvial que lleva en sus entrañas desemboca en el río. En esas aguas viscosas, de movimiento constante y con un sonido similar al de una pequeña cascada, los bagres esquivan las ramas que flotan sin rumbo y devoran la basura que encuentran a su paso.

En ese barrio el día había comenzado como cualquier otro. Para los ladrones empezó con una serie de actos simples, automáticos y coordinados. Se habían levantado de sus camas a las seis en punto en distintos lugares de la ciudad. Se vistieron con la ropa que habían preparado la noche anterior y salieron a la calle con bolsos y mochilas. Esa mañana lo sabían, ahora lo saben mejor: no volverían a ser los mismos, el día siguiente estaba preñado de una vida nueva.

Todo en el existir de esos siete hampones era futuro. Un futuro imperfecto. Iban a hacer algo que los marcaría para siempre. Ninguno lo ignoraba. Ahí estaban ellos. Vistos desde arriba, desde una visión satelital, por ejemplo, mezclados con la muchedumbre y la monotonía de una ciudad, no eran más que puntitos negros que se cruzaban con otros puntitos negros. Puntitos inofensivos, meros estorbos en el ir y venir de la rutina de un barrio. Una canilla que gotea en el océano. Como hacer silencio en medio de cientos de gritos. Nadie sabía, salvo ellos, que iban por la epopeya. ¿Quiénes eran estos siete hombres?

Hasta ese día quizás eran hombres grises. Esos que buscan en Buenos Aires una paz deseada, sin saber que Buenos Aires puede convertirlos en un manjar cocinado por el diablo, un chef capaz de hervir a fuego lento hasta las almas más luminosas.

Cada uno a su manera, no encajaba en la sociedad: no eran esas piezas perfectas que caben en los recovecos y pliegues del caos llamado mundo. Eran ambiciosos y habían tropezado más de una vez: sabían que la vida puede tender las peores trampas. Pero eso no los amedrentaba.

Se sabe ahora que estaban unidos por el artificio del simulacro, la minuciosidad del detalle, la lucha contra el azar o el fantasma ingobernable de la delación.

Se sabe que tenían ojos acostumbrados a la oscuridad y que habían entrenado sus cuerpos y sus mentes como un afinador en busca de la perfección de un Stradivarius. También se sabe que no necesitaban tener pistolas para ser rudos, aunque sabían cómo usarlas. Y que habían elegido hasta las

palabras necesarias para no arruinar lo que se proponían hacer. Tenían un plan y una determinación.

A esos ladrones les irritaban las publicidades de bancos, esas en las que el padre permite que su hija le use el auto y la tarjeta y salga con el primer tipo que se le cruce en el camino, aunque sea Charles Manson o Jack el Destripador, porque ese hombre está feliz y levita por la generosidad de un banco que le acaba de aprobar un préstamo. O el viejo que baila una canción de los ochenta por los beneficios que le da su banco. Entre ellos una TV gigante en cuotas en la que va a poder ver la vida que nunca va a vivir. O la parejita *border* que se amiga y se pelea según las promociones especiales del banco. Hay otros avisos que muestran a la familia feliz que puede viajar porque existe una tarjeta de plástico que es mágica. No solo pueden viajar: también pueden cenar en los mejores restaurantes, comprar electrodomésticos con cuota fija y sin interés y ropa de moda. Esa tarjeta de plástico que parece mágica pero no lo es. Porque un día, esa tarjeta te hace volver al mundo real y quedas en la lona. Mejor dicho, debajo de la lona, consumido por una bancarrota. El compre ahora y pague algún día es un espejismo, como lo fueron la plata dulce y el deme dos.

Hay discursos que se construyen con frases pegadizas, prefabricadas como las de la publicidad. Y fueron dichos por políticos y hasta presidentes argentinos. Hay que pasar el invierno. El 2000 nos encontrará unidos o dominados. Les hablé con el corazón y me contestaron con el bolsillo. Mejor que decir es hacer. No tirar manteca al techo. A vos no te va tan mal, gordito. La casa está en orden. Con la democracia se

come, se cura y se educa. Síguenme que no los voy a defraudar. Estamos mal pero vamos bien. El que apuesta al dólar pierde. Hay que dejar de robar dos años. Dicen que soy aburrido. Estamos condenados al éxito. El que depositó dólares tendrá dólares.

También hay frases políticas que llevan a otras frases, menos políticas y más furiosas, pero tan pegadizas como las otras. Que se vayan todos. Chorros, devuelvan los ahorros. Piquete y cacerola, la lucha es una sola.

Los siete hombres que salieron de sus casas y nunca regresarán a su vida anterior preferían otra frase, brutal y directa: arriba las manos, ¡carajo! Sin el “carajo” no tiene la misma fuerza. Aquí el “carajo” dignifica.

Aquella mañana de verano, en el banco se escuchó la frase.

—¡Arriba las manos, carajo! Quietitos. Todos al piso. Esto es un asalto.

Con el *arriba las manos* hubiese sido suficiente. Está claro que es un asalto, pero el latiguillo de todo inicio de robo recae siempre en esas palabras, acaso con leves variaciones. Como contó el Negro Fontanarrosa en el Congreso de la Lengua, cuando nos advirtió sobre prestar atención a la condición terapéutica de las llamadas malas palabras.

Casi todos los que han robado sueñan con asaltar un banco. Incluso hombres honestos fantasearon alguna vez con entrar enmascarados, no herir a nadie y escapar con un botín millonario. Robar un banco es ir contra el sistema. Es Diego solo robándole el campeonato a Inglaterra.

Los países se hunden, sus habitantes pasan hambre, las escuelas y los hospitales se caen a pedazos, muchos han per-

dido hasta la dignidad, pero los bancos siempre se salvan. Aun en medio de una peste o de una debacle, simbolizan el poder perpetuo. Quizás un ejemplo alcance para demostrar la dimensión de ese poder: en medio del corralito, una mujer se prendió fuego frente a un banco. No prendió fuego al banco, que se había quedado con los ahorros de sus últimos diez años, sino que atentó contra su propia vida.

Aquí contamos una historia en la que hubo un robo y una fuga. Los bancos han unificado ambas cosas: al robo de divisas de una nación lo llaman fuga, y no tiene sanción penal, ni siquiera –al menos en nuestra patria– tiene sanción moral. ¡Arriba buitres y canutos *off shore*!